

PUBLICACIONES *Cinema*

Hans Adalbert
von Schlettow
y Wera Engels



WOLGA-WOLGA

WOLGA - WOLGA

BÁSADA EN LA PELÍCULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

ALEXANDER VOLKOFF y WALTER JANSSEN

Arreglo musical: RUDOLF PERAK

Coros: Los auténticos Cosacos Blancos del Don



UNA PELÍCULA DISTRIBUIDA POR

HISPANO-ITALO-ALEMAN-FILMS

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

HANS ADALBERT

VON SCHLETOW

WERA ENGELS

HEINRICH GEORGE

OLAF BUCH

RUDOLF PLATTE

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

TALLERES GRÁFICOS VDA. M. BLASI - BARCELONA

WOLGA - WOLGA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Rusia, 1688, bajo el Imperio del Zar Alexey Michailowitch, llamado el Pacífico...

Del lejano confín de Astrakan, remontando el río Volga, llegó un día Stenka Rasin a Moscú, la floreciente capital del vasto Imperio ruso. Venía con una misión especial, la de pedir justicia para los suyos, la de invocar derechos que les habían sido arrebatados injustamente. Sabía que el bondadoso señor que regía los destinos de su Patria, el Zar Alexey, a quien su pueblo llamaba el padrecito no se negaría a escucharlo, porque su imperio estaba basado en la bondad y la justicia.

No le arredraron las grandes murallas ni las formidables torres del Kremlin. Sabía que la muralla viva que le separaba del Zar sería más difícil de franquear todavía... Pero Stenka Rasin, el cosaco, hombre rudo y sencillo, tenía una voluntad de acero y ella le ayudaría a vencer todos los obstáculos.

E así fué como la mañana de aquel domingo, cuando el Emperador abandonaba la Iglesia después de la eucaristía del servicio dominical, entre el deslumbrador brillo de las luces, la pompa litúrgica, los aumitos vestidos de los altos dignatarios que le acompañaban, al cesar el estrépito de las campanas y el canto de los coros, se dejó oír una voz potente y dulce a la vez, la voz de Stenka Rasin, llamando a su Zar pidiéndole que le atendiera, que quisiera escucharlo en nombre de los cosacos, sus hermanos oprimidos y vejados injustamente.

—¡Justicia, señor, justicia!

Los cortesanos se miraron unos a otros asombrados luego fijaron sus ojos en aquel hombre alto y fuerte, vestido tos-

casamente, que así se atrevía a dirigirse al más alto Poder de toda Rusia.

—¡Está loco, está loco, delirando!

—¿Cómo se atreve?

Avanzaron algunos hombres de la guardia privada del Emperador para detener al atrevido, pero antes de que Rozarin hasta él se dejó oír la voz única del apodrecido.

—Dejadla libre, dejadlo que se explique.

Y las palabras brotaron exaltadas de labios del cosaco. Venía a pedir justicia al único que podía oír, al único que podía con una sola palabra remediar su mal, a su querido y venerado Emperador y dueño; una orden suya bastaría para que cesasen los abusos, atropellos y asesinatos de sus hermanos los cosacos, por parte de los Woiwodes de Astracán, el príncipe Proscorowsky, abusando del Poder que por su alta dignidad le había sido concedido, se había convertido en el persecutor implacable y cruel de los cosacos, atropellando injustamente los derechos que a éstos les habían sido otorgados ya en épocas anteriores por el zarolomb y la abnegación con que habían siempre defendido el vasto Imperio, sacrificando sus vidas en aras de la Patria, por amor a su Zar, hasta el día, sentían una adoración ravana en ferretario.

No era aquel momento propicio para oír las lamentaciones del cosaco ni tampoco para administrar justicia, pero el Zar no podía consentir que aquel hombre humilde mas había venido de tan lejos para ser escuchado de su soberano y dueño volviera triste y deprimido junto a los suyos. Sus bravos compañeros, para sentir que el Zar, su amado Emperador, no había querido oírlos.

Y fué así como al día siguiente, en el gran salón del Palacio Imperial, el humilde cosaco fué recibido en audiencia por el Emperador, dispuesto siempre a administrar justicia entre sus súbditos. Y en medio de un silencio impresionante, se dejó oír de nuevo la voz dulce y avariosa del hombre que regía el más vasto Imperio del mundo.

—Desde hoy cesarán todos los atropellos y vejaciones de que habéis sido víctimas por parte de un hombre que ha olvidado las leyes de bondad y justicia que yo quiero que imperen en mi país. Valeréis a disfrutar de todas las libertades, volveréis a ser hombres libres y dignos, se os devolverá todo aquello que se os había arrebatado injustamente. Tú, Stenka, me has dicho que tu hermano, el Jefe de los cosacos, había sido asesinado. Pues bien, cesen tus propósitos de venganza ante mí

promesa de que al adelante seréis respetados como es vuestro derecho. Para darte una prueba de confianza voy a encomendarte una misión especial, y muy delicada... Serás tu quien lleve al príncipe Proscorowsky la hermosa princesa Dolgorosky que está en desahuce en Palacio. Por el camino se os unirá su padre el príncipe Dolgorosky, que —lo sé— ha sido también cruel contigo y con todos los tuyos, pero ahora las cosas cambiarán para vosotros y espero que aquellas duras penas de administrar justicia en mi nombre no querrán suscitar ni ira con su desobediencia.

Entró la princesa Dolgorosky en el salón, y a Stenka le pareció de pronto que había más luz. Sus ojos que hasta entonces habían estado fijos en el rostro del Zar, se volvieron hacia ella con expresión de asombro. Nada de lo que había visto hasta entonces había conseguido deslumbrarlo. Ni la visión fantasmagórica de la ciudad, ni la grandiosa perspectiva del Kremlin, ni el lujo y boato de aquella corte en la que había sido introducida por la voluntad omnimoda del Emperador le habían impresionado. Hombre rudo y sencillo, acostumbrado a la austera y serena majestad de las estepas rusas, con sus bosques milenarios no podía impresionarse fácilmente a la vista de todo aquel mundo de fantasmas que estaban viendo sus ojos desde su llegada a la capital del Imperio. Pero aquel rostro de mujer era algo completamente distinto. Las mujeres que había conocido Stenka eran muy diferentes de aquella que acababa de aparecer ante sus ojos. Eran mujeres un poco rudas, como sus mismos compañeros los cosacos. Algunas de ellas bellas tal vez, pero con una belleza selvática y fuerte, tan distinta de aquella hermosura serena y dulce de la princesa.

Deslumbrado e inquieto cerró los ojos para no verla y aun así siguió contemplando su imagen con el pensamiento.

La princesa dejó al pie del trono, se arrojó humildemente ante el Zar y esperó a que éste dictase su orden.

—Princesa Dolgorosky. Ha llegado el momento de decirles adiós. Puesto bien venida a la corte y os habéis hecho amar de todos nosotros, pero estas promesas al príncipe Proscorowsky y él os reclama ahora... Que Dios guie vuestros pasos y os conceda la felicidad a que os habéis hecho acreedores. Stenka Rosin, el cosaco, os llevará junto a vuestro padre, el príncipe Dolgorosky que se halla acampado a orillas del Volga.

Y así fué como Stenka, el hombre de la estepa, el rudo cosaco, recibió el encargo de llevar a la princesa junto a los dos hombres que más sañudamente habían perseguido a los

suos. El príncipe Dolgowsky, padre de ella y el príncipe Prozorowsky su prometido. El Zar, condecorador del alma de sus súbditos sabía que podía confiar plenamente en él. Ni el odio ni el ansio de venganza serían más fuertes que la conciencia del deber, encarnado en la orden del Zar. Stenka concurriría a la princesa sana y salva a su destino, aunque tuviera que luchar consigo mismo.

Al día siguiente, acompañados de la escolta que el Zar había dispuesto para ellos, abandonaban Moscú la princesa con su dama de compañía, Stenka y los dos cosacos que le habían acompañado a la capital del Imperio, sus íntimos amigos Wasska y Pitka, que no obstante haber permanecido modestamente en las calles de la gran ciudad mientras Stenka se ocupara de la tarea más difícil, se atribuyen la mitad por lo menos del éxito que éste había tenido cerca del Zar, con la reivindicación de sus derechos.

El camino era largo y difícil. La caravana debía cruzar grandes extensiones, llanuras desoladas, bosques impenetrables, caminos abruptos. No era cosa fácil en aquellos tiempos trasladarse de un lugar a otro y menos en Rusia, donde las distancias eran inmensas. La princesa y su acompañante iban cómodamente instaladas en una carreta, pero los cosacos y la escolta iban a caballo. Todos eran hábiles jinetes, pero Stenka, montado sobre su hermoso caballo bayo, era el más arrogante de todos. Hasta la princesa Dolgowsky, hubo de notarlo, y su instinto de mujer asomó la imagen de aquel bravo jinete, rudo y fuerte, a la de su prometido el príncipe Prozorowsky, con su rostro oriental e impenetrable. No era una boda por amor, la de ella, sino impuesta por la razón de Estado, la eterna enemiga de las princesas sentimentales y románticas como ella, pero era una razón más fuerte que todo y era preciso obedecerla.

Lentamente avanzaba la caravana, y cada vez se hacía el camino más difícil. Se acercaban al país de los tártaros. Pensando tal vez en ellos, fieros y salvajes hombres de las estepas, había ordenado el Zar que les acompañase la escolta. La única ley de los tártaros es el crimen y el saqueo. ¿Qué les importaba que los componentes de la caravana fueran de sangre real, si ellos no obedecían a otra ley que a la que ellos mismos se habían otorgado? Con la misma facilidad que aparecían al paso de las caravanas para atacadas, desaparecían luego, adentrándose en el inmenso desierto estepario donde nadie osaría llegar hasta ellos. Eran, por lo tanto, irresponsables y a nadie tenían que dar cuenta de sus actos. Ni el mismo Zar podía contra ellos.

Stenka Rasin, que iba a la cabecera de la caravana, vio aparecer de pronto, en lo alto de una colina, la oscura figura de un jinete. Sus ojos de lince descubrieron en seguida al enemigo, y su instinto le hizo ponerse en guardia inmediatamente. Tenía razón en precaverse. Un instante después aparecieron dos, tres, cinco, diez jinetes más, que avanzaron rápidamente en dirección de la caravana. Un momento después había empezado la lucha. La princesa y su dama de compañía, presas de pánico, permanecieron dentro de la carreta, frágil muralla que las separaba de los hombres que las defendían y de los otros, los terribles tártaros que les atacaban. Mientras se decidía la suerte de la lucha, hicieron lo que habría hecho cualquier otra mujer en circunstancias tan difíciles. Orar, encomendarse a Dios y esperar resignadamente el fin de la tremenda lucha. Wasska, el cosaco, el gran amigo de Stenka, un poco dado a la filosofía, pensaba, mientras repartía golpes y sablazos por doquier, que si aquellas dos mujeres a quienes estaban defendiendo, hubiesen sido de su propia raza, habrían salido también a luchar con ellos, tal vez con más fiereza.

Luchaban bravamente todos, los hombres de la escolta del Zar, y sobre todo, los tres cosacos, con Stenka Rasin a la cabeza. La superioridad numérica de los tártaros era grande, pero no obstante eso, ellos defendían bravamente el tesoro que les había sido encomendado. Stenka había ordenado al cochero de la carreta que siguiese avanzando de modo que mientras ellos contenían el ataque pudiera poner a salvo a las dos mujeres antes de que llegasen más atacantes y la lucha se hiciera tan desigual que tuvieran que rendirse. Cayeron algunos hombres de la escolta, pero Stenka y los suyos seguían vivos.

Triunfó finalmente el cosaco. El sabía que había de vencer o morir, y como no quería morir sin haber llevado a los suyos la consoladora promesa de justicia que había logrado obtener del Zar de todas las Rusias, su señor y dueño, el ansio de vencer le dio fuerzas para imponerse a sus enemigos. El fue quien logró derrotados y ponerlos en fuga en el último momento cuando parecía que la superioridad numérica iba a poder más que todas sus esfuerzos. Había salvado a la princesa de los agresores más terribles de toda Rusia, y cumplido con el sagrado deber que había contraído ante el Emperador.

Era noche cerrada cuando la caravana, que había logrado dejar atrás el territorio tártaro, puesta ya al abrigo de toda agresión por parte de los mismos, se detuvo para pasar la noche. Stenka, con una delicadeza extraordinaria en un hombre fuerte y brusco como él, cogió a la princesa en sus brazos,

para sacarla de la carretela y la depositó en tierra. Se miraron unos instantes el hombre de la estepa y la mujer por cuyos venas corría sangre de príncipes. La princesa sonrió, y sus ojos azules y dulces observaron un instante en silencio el rostro sudoroso de Stenka. No era ciertamente un rostro vulgar, ni tampoco de facciones brutales como ella había creído que debería ser el rostro de un cosaco. Mas bien tenía una expresión de dulzura extraordinaria.

—Gracias, le dijo— sin dejar de sonreír—. Me has salvado la vida. Mi padre te lo premiará.

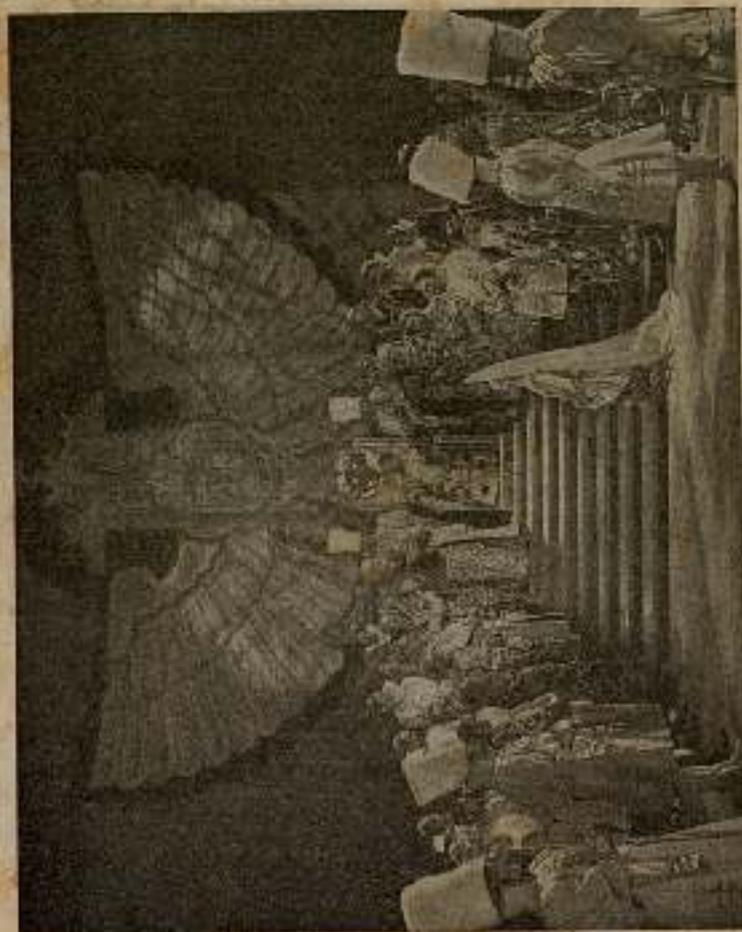
—Tu padre me ha perseguido siempre a nosotros los cosacos y yo he temido que ir a Moscú para implorar justicia al apadrinado contra él y tu prometido. Pero esto no importa, yo te he defendido porque el Zar te había puesto bajo mi custodia y te he defendido también porque eres mujer y antes habría temido que dejarme matar que permitir que un tártaro llegase hasta ti. He cumplido con mi deber, no me debes, por lo tanto, agradecimiento alguno.

Voltió a sonreír la princesa y Stenka empezó a perder la calma. Decididamente era más fácil haberse con todos los tártaros de las estepas, que con una suecisa de mujer. Había contestado orgullosamente a las palabras dulces y llenas de agradecimiento de la hija de su enemigo, y creía que su actitud habría hecho cambiar en un ojo el gesto dulce y cariñoso con que ella le había acogido después de la lucha. El cerebro un poco primitivo de Stenka empezaba a desvariar. Recordó la enorme impresión que la belleza de la princesa le había producido al verla aparecer por primera vez en el gran salón del trono del Palacio allá en Moscú, y de nuevo se sintió inquieto. Bajó los ojos y reparó entonces en las manos de ella. Eran de una blancura extraordinaria. Cautivado por su belleza, siguió con los ojos el gesto de ellas y vio que se detenían en un medallón que llevaba colgado de su cuello. Un segundo después, las mismas manos blancas y suaves oprimían la delicada joya y se la tendían a él, ¡a él! en un gesto de dádiva.

—Toma —le dijo— Toma este pequeño recuerdo. Me fue regalado por una persona querida. Me dijo que trae suerte...

Seguido, cautivado, sin saber lo que hacía, cogió el medallón. Habría querido negarse a aceptar el regalo, pero su alma simple y buena comprendió cuánto había de bello en aquel gesto sencillo de la princesa. ¡No, no quería pagarlo con aquella dádiva lo que él había hecho por ella! Quería tan sólo expresarle su agradecimiento, quería darle una lección de humildad a él que había contestado tan rudamente a sus primeras palabras





— Princesa Doyfonsky, ha llegado el momento de decirte adios.

de gratitud. Desde aquel momento la princesa Doyfonsky dejaba de ser la hija del su opresor para convertirse en su idolo. El hielo quedaba roto.

La princesa Doyfonsky durmió aquella noche al raso, sobre la fresca hierba, cubierta tan sólo por una prenda de abrigo que el cosaco había tendido amocosamente sobre ella, pero si alguien hubiese sido capaz de penetrar en su pensamiento, habría descubierto seguramente que nunca, nunca, durmió ella tan bien como aquella noche memorable, bajo el cielo estrellado cerca, muy cerca del del guardian que habría dado cien veces su vida para salvaguardar la suya.

Al día siguiente, al amanecer volvieron a ponerse en camino, y al caer la tarde, llegaban al campamento del principe Doyfonsky. La primera etapa del viaje que había de conducirle a los brazos de su prometido, el principe Proscorowsky, quedaba cumplida. Había sido, ciertamente, una etapa accidentada, pero si la princesa hubiese debido hacerla de nuevo, no habría vacilado ni un momento. En cuanto al pobre Stenka, sólo una cosa podía consolarle de haber perdido la tutela de su querida dueña y era la idea de que las palabras de justicia que había oído de labios del Zar repercutirían en los oídos de todos los cosacos del campamento del principe, como una dulce promesa de redención.

Pero Moscú estaba lejos, muy lejos, y el principe Doyfonsky, hombre despótico, alejado de la Corte por muchos años, hecho a la lucha guerrera, se había olvidado un poco del apudrecito y de la obediencia que, como súbdito de su imperio le debía. Cuando Stenka, despues de haber conducido a la princesa, su hija, hasta el desafiante y peligroso, le repitió las palabras del Zar, mostrándole el edicto en el que se le ordenaba cesar en sus persecuciones y crueldades con los cosacos y devolverles los privilegios que sus imperiales antecesores les habían concedido por sus méritos y le pidió la reivindicación de estos derechos, la concesión de libertad que ellos implicaban para su pueblo, el principe Doyfonsky, guerrero valiente y esforzado más que cortesano, soltó una sonora carcajada que repercutió en los oídos de Stenka como un insulto.

— ¿Con que has ido a Moscú a quejarte ante el Zar de los malos tratos que según tú, damos a tu pueblo? ¿Pero qué otra cosa s'ha sino una tribu de descamisados mercederos del látigo y la cárcel? ¿Sabes lo que te digo? Que todo lo que me ha contado mi hija relativo a vuestro encuentro con los tártaros ha sido una burda farsa preparada por tí y los dos bandidos que te han acompañado para hacer méritos ante mis

ojos y obtener lo que no tienes derecho ni a soñar siquiera. Tú estabas de acuerdo con los tártaros, tus dignos compañeros, para que atacasen la caravana y así presentarse ante mí con la aureola de héroe. Farsante, mas que farsante. Sal de mi presencia antes de...

No pudo terminar la frase porque la mirada enfurecida de Stenka le dio miedo. Estaba medio borracho, como siempre, pero no tanto que no se diera cuenta del peligro que representaba la justa cólera de aquel bravo guerrero, aquel hombre que había servido siempre a su patria con abnegación y bravura, capaz de morir por ella, pero también de matar en un momento de cólera a quien fuera, por muy príncipe que fuera, sobre todo cuando este príncipe se atrevía a burlar el poder del Zar, el único al que él debía sumisión y obediencia.

En un momento Stenka se vió rodeado de cinco boloyarcos de la escolta del príncipe, quienes le sujetaron para impedir que realizase cualquier acto de violencia. Y sólo entonces, cuando el príncipe vió en salvo su pellejo, se atrevió a dictar una sentencia condenatoria contra el hombre cuyo único delito era el de querer reivindicar sus derechos.

Llevalo al Volga y que se dedique a la tarea de remolcar los barcos, que es la única que puede desempeñar dignamente. Y con él que vayan sus dos amigos, los que le han acompañado a Moscú en su loca empresa de reclamar derechos que el príncipe Dolginsky no está dispuesto a concederles.

Y así fué como Stenka Raman, el cosaco de alma noble, después de haber visto morir asesinado a un hermano suyo, jefe de los cosacos, por el delito de haberles defendido, después de haber hecho leguas y leguas de camino para ir a ver al Zar y postrarse de hinojos ante él pidiéndole justicia para su pueblo oprimido, después de haber expuesto valerosamente su vida para salvar la de la hija de su verdugo, la dulce princesa que le había encomendado en custodia al padrecito, se veía ahora condenado al castigo más humillante, al trabajo más innoble, por el capricho de un príncipe despótico y arbitrario...

El campamento de Dolginsky no estaba lejos del Volga. Desde la misma tienda del capullo de los boloyarcos se divisaban las márgenes del río fúncico. Hasta allí llegaron los guerreros del príncipe trayendo a los nuevos hombres que, por orden de su señor, iban a engrosar el doliente cortejo de los chetáleros del Volga, los pobres seres condenados al inhumano trabajo de arrastrar desde la orilla por medio de cuerdas atadas a la espalda, las grandes barcazas que remou-

laban el río. Pocos eran los que podían resistirlo. Las sogas se hundían en sus espaldas, dejando en ellas un surco en carne viva. Las piernas se negaban a seguirles, cruzaban los huesos de sus déviles cuerpos, el sudor perlaba su frente, iban cayendo por el camino, y entonces el látigo de los guardianes les recordaba implacable su deber de seguir hasta el fin, de acallar sus sufrimientos como bestias de carga, río abajo, hasta caer para no levantarse ya nunca, ni ante la intimidación del látigo que fragelaba sus cuerpos. Todos terminaban así. Cada uno y otro y otro, y los demás seguían su camino insensibles ya a todo lo que no fuera su propio infortunio, desahogando su pena en una canción inmensamente triste, monótona, en la que se condensaba todo el dolor de su alma oprimida...

Nikolka, el pequeño Nikolka, el gran amor de Stenka, su hermano menor, estaba también allí. Su adolescencia conocía ya todos los dolores y todas las miserias de la vida, por eso, al ver de nuevo a Stenka experimentó casi un sentimiento de alegría egoísta. Corrió a sus brazos.

—¡Stenka, Stenka, tú aquí!

El rudo cosaco con alma de niño le abrazó amorosamente, le llenó de ternas caricias. En aquel adolescente se condensaban todas las ternuras del corazón del cosaco.

—Nikolka, pobre Nikolka.

Pero allí estaba el jefe de los esbirros para recordarle su pobre condición de parias, condenados a un trabajo que no se avenía con ternuras ni dulzuras.

Stenka se rebeló. No había ido él a Moscú para terminar de aquella manera. La crudeza del castigo le ponía fuera de sí, no por él, resignado de antemano a todo lo malo que el Destino quisiera traerle, sino por sus compañeros de infortunio, por todos aquellos rostros demacrados de los que ya llevaban tanto tiempo de condena que habían olvidado los días felices en que vivían miserablemente tal vez, pero sin aquel tormento de todas las horas, de todos los días. Y aquellos hombres que habían olvidado ya las palabras y hasta los pensamientos de protesta, aquellos pobres seres cuyo único anhelo era morir, sintieron enardecer sus dormidos espíritus al oír las palabras de Stenka, y sus cuerpos se reanimaron y se irguieron en actitud de protesta. Pero de nada había de servirles. Ellos seguirían arrastrando las barcazas río abajo, mientras que Stenka, por haberles arrastrado a un motín, sería atado al timón de una nave. Así castigaba el príncipe a los que se atrevían a oponerse a sus designios.

Cuando la princesita se enteró de lo ocurrido en la tienda

de su padre, intentó protestar ante él del pago inhumano que éste había dado al valiente cosaco. ¿Anaso no la había defendido de la agresión de los tártaros, exponiendo su propia vida para salvar la de la hija de su impasible perseguidor y verdugo? Los años de permanencia en la corte del Zar, junto a este y la Zarina que comparaba con su augusto marino la noble tarea de administrar justicia entre sus súbditos, habían desvanecido los recuerdos de su infancia junto a su padre, recuerdos llenos de crueldades como aquella que ahora se estaba cometiendo con Stenka y sus amigos, que ella conservaba vivamente en la memoria como una pesadilla. Era una cortesana, hija de un príncipe, no de aquel guerrero brutal que así se atrevía a burlar el poder del Zar, capaz de castigar tan duramente a quien sólo lea reconocimiento. Ella no entendía de esclavitudes. En la corte del Zar Alexey Michailowitch le habían enseñado las doctrinas de amor y no podía concebir nada que se apartase del concepto de la bondad y de la justicia.

Corrió al Voïga para evitar que se cometiera la gran injusticia con Stenka y sus compañeros y llegó en el preciso momento en que acababan de dictar la sentencia contra él y se disponían a atarlo al timón de la nave.

—Dejad a este hombre libre —ordenó ativamente— y también a sus compañeros.

A la presencia de la hija de su señor, los esbirros que sujetaban a Stenka vacilaron y miraron al que les mandaba como esperando órdenes.

Hubo un momento de silencio. Stenka contempló a la bella princesa vestida con un traje masculino y le pareció otra distinta de la que había visto primera en el Palacio Imperial en Moscú, más tarde en la catedral y, por último, durmiendo dulcemente al raso, tranquila y confiada, cerca de la amargura vigilancia del casaco.

Vestida así, aquel atrevido extraño que la cambiaba completamente le pareció una mujer ensaradamente distinta; igualmente bella tal vez, pero menos femenina, menos princesa. Era precisamente su exquisita femineidad la que le había cautivado y su incomparable cultura la que le había seducido. Ahora, su rostro, al dirigirse a los hombres que la rodeaban tenían una expresión viva y orgullosa.

El agravio que acababa de recibir de su padre ahondaba más aquel sentimiento de aversión que en aquel momento sentía hacia ella. No era allí donde debía estar dictando órdenes que no serían obedecidas. Era junto a su padre, a su in-

justo padre, a quien debía acudir para exigirle el cumplimiento de las promesas que ella había oído de boca del mismo Zar, dirigidas a Stenka. En una palabra, no era compasión, sino justicia, justicia a secas la que él exigía. Fuera de esto nada deseaba; prefería seguir como hasta allí, sufrir los tormentos más espantosos a tener que agradecer nada, ni aún a la misma princesa.

—¿No has dicho que me ates al timón? —inquirió desdenoso, dirigiéndose a su esbirro—. Pues ordena que te obedezcan.

La princesa regresó cabizbaja a su tienda preguntándose el motivo de la actitud del cosaco. ¿Por qué se había mostrado tan altivo y desdenoso con ella? No era precisamente por un impulso de compasión, sino por un sentimiento de justicia que la princesa había ordenado a los hombres de la barca que dejasen libre al cosaco. De justicia y también de agradecimiento porque en el corazón de aquella mujer se albergaba un sentimiento de gratitud infinita hacia él. Y tal vez algo más, algo que la princesa no se atrevía a confesarse ni a sí misma. Desde que había sabido en Moscú la aversión que sentía hacia aquella boda de conveniencia que se le imponía, se había trocado en franca reguñanca. Llegaba desconsoladamente sin adivinar tal vez que aquellas eran las primeras lágrimas de mujer que derramaban sus ojos. El desprecio de Stenka la había herido profundamente, pero no en su amor propio, sino en un sentimiento mucho más profundo y noble.

Pasaron varios días. Los preparativos para el viaje que debía conducir a la princesa y su padre a Astracán, continuaban febrilmente. Ella no había vuelto a las orillas del Voïga, pero sabía que Stenka y los suyos continuaban allí, atados a su triste destino de khataleros como castigo por haber osado reclamar sus derechos.

Los bellos ojos de la joven tenían una expresión cada vez más triste. Pasados los primeros momentos de desconcierto y dolor que le habían producido las palabras de Stenka se sentía dispuesta no solamente a perdonarlo, sino también a estimularlo y hasta a comprenderlo. Mujer, al fin, se debía sentir por la arrogancia de aquel hombre tan extraño, tan distinto a todos los que hasta entonces había conocido, tanto como antes durante aquel viaje inolvidable, se había dejado captivar por la muda y expresiva admiración que revelaban las miradas y las actitudes de Stenka.

Veía con terror acercarse la fecha de su matrimonio. Habría querido tener el valor de rebelarse, pero se sentía sin fuerzas para hacerla. Sabía que era la voluntad del Zar, tanto como

la de su mismo padre, y esto abogaba en ella todo intento de rebeldía. ¡De haber podido correr al lado de Stenka, cuántas cosas le habría dicho al humilde cosaco si Dios hubiese querido concederle la gracia de verlo a solas un momento! Pero Stenka no estaba allí, junto a ella, sino a orillas del Volga, cumpliendo su condena y su padre le había prohibido acercarse a él. Había intercedido por ellos inútilmente. El príncipe no sólo se había negado a oírlo, sino que la había amenazado con un castigo severo si intentaba volver a verlo. Y mientras tanto, los pobres cosacos del campamento, privados de la protección de Stenka, sufrían más persecuciones que nunca. El viaje de su querido caudillo a Moscú para implorar justicia del Zar de todas las Rusias, no había logrado otra cosa que perjudicarles. ¿Qué sería de ellos si continuaba aquel estado de cosas?

Y llegó el día señalado para la partida de la princesa Dolgónsky hacia su nuevo destino. A fuerza de llorar y pensar en Stenka, la joven había acabado por resignarse. Su único anhelo ahora era procurar que su sacrificio no resultase estéril. En la región de Astrakán residían muchos cosacos que sufrían también persecuciones sin cuento por parte del príncipe Práserosky, el futuro marido de la princesa. Intercedería cerca de él para que cesase el trato inhumano que desde hacía tanto tiempo venían siendo víctimas. ¡Ah, si renunciando a la felicidad podía reportarle algún beneficio a Stenka, con qué gusto se sacrificaría...! Por primera vez tenía conciencia plena del valor de su belleza y del ascendiente que ésta podría ejercer sobre el príncipe. Estaba decidida a poner en práctica todas sus artes de seducción, allí donde las palabras y las súplicas no encontrasen eco.

Llegó finalmente el día señalado para la partida de la nave que, remontando el río Volga, debía conducir a la capital de Astrakán. La tripulación del barco estaba integrada, en su mayor parte, por cosacos. Los grandes amigos de Stenka! ¡Con qué gusto habría hablado con ellos de su querido caudillo si su padre se le hubiese permitido! Pero el príncipe se mostraba cada vez más irreducible. Era inútil que su hija le hubiese repetido las palabras del Zar, inútil que le hiciese ver la tremenda responsabilidad en que incurría al oponerse a sus órdenes, permitiendo que siguiese aquel estado de cosas, y que continuasen siempre con más saña las persecuciones y los asesinatos de los cosacos. Si él hubiese sabido a lo que se exponía, tal vez se habría mostrado menos intransigente. Pero en los años que llevaba fuera de la corte, en lucha constante con los tártaros, en guerras continuas con los mongoles, su sensi-

bilidad se había embotado, al mismo tiempo que se debilitaba su sentimiento al deber. Creía que los cosacos eran unos guerreros nobles y esforzados, buena prueba de ello le habían dado siempre, pero fuera de esto se negaba a concederles ningún derecho. Se había guizado en tenerlos como esclavos durante toda su vida y ahora no quería renunciar a aquellos prerrogativas. Creía que concediéndoles los derechos que reclamaban se debilitaría su espíritu guerrero y se negarían a seguirle como hasta entonces. Poco podía imaginarse aquel hombre injusto que su desenfrenado afán de mando iba a provocar una catástrofe de la que tal vez el mismo sería la primera víctima.

Desde que Stenka había regresado de Moscú trayéndoles el mensaje del Zar, los cosacos no podían seguir resignándose con su suerte. Una noble y santa rebeldía se había apoderado de ellos. Eran hombres buenos y valientes, amantes de su Patria y de su Zar, capaces de defender los sagrados conceptos de amor a la Patria y a su Emperador, hasta derramar su última gota de sangre. Si el apodrocatos les hubiese ordenado seguir siendo esclavos, se habrían resignado y habrían doblado humildemente la espalda al látigo, pero el Zar les había dicho por boca de Stenka que eran hombres libres, y al otorgarles los privilegios que de antiguo les habían sido concedidos les había impuesto también el deber de hacer valer estos privilegios. Resignarse habría sido tanto como desobedecer las órdenes del Zar. Su rebeldía no era tal, sino un acto de sumisión al Zar. Así, mientras la nave del príncipe Dolgónsky ponía la proa hacia la capital de Astrakán, los cosacos del campamento se disponían a levantarse en armas contra quienes, desobedeciendo las órdenes del más alto poder de Rusia, se obstinaban en mantenerlos en su triste condición de esclavos, aptos tan sólo para la guerra. Era preferible morir dignamente a vivir sin dignidad.

Habían transcurrido varios días desde que el barco que conducía a los príncipes Dolgónsky abandonara las orillas del Volga en donde se hallaba el campamento del príncipe, para remontar el río en dirección al país de Astrakán. Habría de transcurrir todavía algún tiempo antes de que se divisase la capital del principado. La vida en el barco se desarrollaba monótona y triste. El príncipe mataba las horas lentas e interminables del día bebiendo vodka, la princesa no salía casi nunca de su camarote hasta que anochecía. Entonces se la veía cruzar en silencio el puente en dirección a la popa del barco, y desde allí contemplar melancólicamente la estela que la nave iba dejando sobre las mansas aguas del río. Miraba siempre atrás, siempre atrás, con los ojos llenos de lágrimas y el pensamiento volaba hacia aquella tierra bienamada en la que había trans-

currido los mejores años de su vida. ¡Qué tristeza tan honda y tan intensa producía en el ánimo de la princesa la sensación de lejanía que, de hora en hora, de día en día se iba apoderando de ella! Pensaba en Stenka y lo veía con los ojos de la imaginación, doblada a espalda bajo el peso de la cueva que arrastraba la barca y río abajo. ¡Por qué, por qué había permitido que se cometiera aquella brutal injusticia contra el hombre que la había salvado de una muerte cierta? ¡Por qué había sido tan cobarde? Habría debido rebelarse contra su mismo padre, gritarle a la cara su amor por el cosaco, aunque aquel acto le hubiese costado la vida. Nunca más volvería a verlo, nunca más volvería a ver aquel rostro de facciones nobles y austeras, nunca más volvería a ver aquellos ojos de mirada franca y noble que cuando se dirigían a ella tenían una expresión admirativa y dulce.

Una noche, cuando los augustos viajeros de la nave descansaban ya en sus camarotes, se oyeron unas voces de auxilio. Los tripulantes del barco se asomaron a la borda y vieron a lo lejos una barca que se acercaba, de la cual partían las voces pidiendo socorro. Paró la nave y unos minutos más tarde la barca había llegado junto a ella. A través de la espesa niebla que lo envolvía todo los tripulantes del barco príncipesco pudieron comprobar que se trataba de unos pobres naufragos, dos hombres y tres mujeres. Un instante después habían sido subidos a bordo y explicaban su odisea entre vaso y vaso de vodka. Por cierto, que las tres mujeres eran las que con más ansia solicitaban el gamate. ¡Santo Dios, qué manera de beber! ¡El susto debió ser muy grande cuando necesitaban tanto alcohol para olvidarlo! Los tripulantes se miraban unos a otros asombrados. Era hombre de mar, acostumbrados a beber fuerte, y las mujeres que ellos conocían no eran precisamente damiselas como la princesita que llevaban en la nave, pero de esto a aquello que estaban viendo mediaba un abismo. No queriendo ser menos, empezaron también a beber con gran empuje. Pronto la tripulación entera se sintió invadida de un optimismo grande. Empezaron a cantar a grito pelado, sin importarle ni un ardite el sueño de los augustos pasajeros que llevaban en la nave. Las mujeres bailaban y gritaban, se dejaban abrazar. Decididamente los naufragos aquellos habían resultado un hallazgo. La tripulación se las prometía muy felices. Una hora después casi todos los tripulantes del buque con la honrosa excepción del capitán y dos hombres más que montaban la guardia a la puerta de los camarotes príncipescos, estaban borrachos.

De pronto, uno de los marineros, tal vez el que más alcohol había trasegado, fué testigo de un raro espectáculo. Vió que una de aquellas mujeres que una hora antes habían subido a bordo borrando y conmoviendo a los tripulantes con el patético relato de su desventurado naufragio se despojaba de sus vestiduras... y quedaba convertida en un cosaco, un auténtico y fiero cosaco con su típico traje y su rostro de facciones brutales que hasta aquel momento habían permanecido semiocultas detrás del pañuelo que llevaba atado a la cabeza a la manera de las mujeres de condición humilde. Se restregó los ojos creyendo ser víctima de los vapores del alcohol que, subyéndose a la cabeza, le producían visiones extrañas y cuando volvió a mirar se fijó en que las otras mujeres estaban haciendo lo mismo. No, no eran visiones de borrachera. Era la realidad lisa y llana. Y el hombre aquel que más de una vez abusando de la paciencia de los tripulantes cosacos del barco, se había portado brutalmente con ellos, comprendió inmediatamente lo que aquello significaba y se preparó a bien morir. El alcohol que llevaba en el cuerpo no le impidió advertir que se trataba de un ataque al barco por parte de los cosacos, de quienes se decía que iban a rebelarse ya antes de que la nave abandonara las márgenes del río.

En efecto, así era. Pronto en medio de la densa oscuridad de la noche, vieron acercarse unas barcas que rodearon por completo el buque. Sus tripulantes atacaban la nave, subían a ella, y se trababan en lucha contra los que osaban cortarles el paso. Los cosacos, los temibles y esforzados guerreros se habían rebelado y atacaban. A la cabeza de los mismos iba Stenka Raín. Sus espaldas conservaban todavía las huellas de lazo de castigo. ¡Con qué afán de venganza habría llegado hasta aquella nave en la que se encontraba su verdugo! ¡Qué caro iba a pagar ahora el príncipe Dolgansky el delito de haberse opuesto a los designios del Zar!

Pero, no, Stenka Raín no era hombre capaz de albergar en su corazón otros sentimientos que los de justicia. La venganza no encontraba eco en su alma. No tenía espíritu de esclavo, sino de señor, de gran señor, y por ello sus hazas habían de ir acompañadas de un espíritu de justicia y de magnanimidad. No era ahora el cosaco desvalído con el cual podía ensartarse el príncipe, sino el jefe rebelde que había atacado el barco con su flota, y que se había hecho dueño del mismo. Y ahora, frente a frente el príncipe Dolgansky y Stenka, este último podía mirarle cara a cara y gozar del placer de ser benevolo con su antiguo enemigo. Así era Stenka Raín, así era el cosaco hijo de la estepa. Verdaderamente un hombre

de sentimientos tan nobles y elevados merecía ser un gran señor. Merecía, ciertamente, ser amado por una princesa. ¿Pero es que acaso no lo era ya? ¿Es que la princesa había esperado a verlo allí, erigido en caudillo, dueño y señor de la vida de su padre y de ella misma para amarle? No, ella ya se había anticipado a quererlo cuando todavía su padre era el que estaba arriba. Le había querido desde el primer momento, y cuando lo había visto arrastrando las barrizas a orillas del Volga, mezclado con sus compañeros de infortunio, sudoroso y rendido de fatiga era cuando se había sentido más cerca de él.

—Que nadie se acerque al príncipe y la princesa Dolgonky, que nadie moleste a los augustos viajeros —fueron las primeras órdenes que dió Stenka—. El primero que me desobedezca irá a parar a las frías aguas del río. La vida del príncipe y la princesa son sagradas. No sólo deoís respetarlas, sino que debéis defenderlas con la vuestra si fuera necesario. El príncipe me ha prometido justicia. Es cierto que ha sido uno de nuestros más feroces opresores, pero ahora está en nuestras manos y, por eso, porque no puede defenderse, es porque hemos de respetarlo.

Eran ciertas las palabras de Stenka. El príncipe Dolgonky, en la entrevista que acababan de tener ambos lo había prometido todo. Es bien cierto que para que llegase a este estado de comprensión había sido necesario que los cosacos atacasen su barco, se apoderasen de los tripulantes que no les eran adictos y los encerrasen en la bodega. Había sido necesario también que se hicieran dueños absolutos de la nave y que los dos augustos viajeros se vieran virtualmente prisioneros. Ciertamente la magnitud del príncipe resultaba altamente conmovedora. Pero Stenka era lo suficientemente noble para pasar por alto aquellos pequeños detalles y aceptar las palabras reconciliadoras de su antiguo opresor, como si no se hubiese tenido que llegar a aquel estado de cosas para arrancárselas de la boca.

Tranquilizado el príncipe respecto a los propósitos de Stenka, quien le prometió llevar a él y a su hija sanos y salvos a Astrakan, aunque quedándose luego con la nave, se sentía dispuesto a ser cada vez más generoso con sus antiguas víctimas.

Todavía no había osado Stenka presentarse ante la princesa. Desde que había subido a bordo lo estaba deseando... y temiendo al mismo tiempo. ¿Qué le diría? ¿Con qué palabras saludaría la llegada del cosaco rebelde? ¿Lo trataría como a

un enemigo o, por el contrario, se humillaría ante él como acababa de hacerlo su padre? Stenka más prefería lo primero. Su orgullo indomable le hacía juzgar a los demás a través de sus propios impulsos. Se detuvo unos momentos frente a la entrada del camarote de la princesa en la cual se había apostado un cosaco por orden suya, para impedir cualquier desmán de los atacantes. Ordenó a éste que se alejase y después de unos instantes de vacilación, levantó resueltamente la oclina y entró. La vio tal cual había deseado. Erguida y altiva en el centro de la estancia, mirándole sin miedo, resueltamente con el rostro muy pálido, pero sereno.

Solamente cuando estuvo a dos pasos de ella se dió cuenta de que los ojos de la princesa estaban llenos de lágrimas y en cambio sus labios sonreían. Lo miraba, lo miraba a través de su llanto, con una mirada de inefable alegría. Sin saber lo que hacía, fuera de sí mismo, le tendió los brazos en los que se arrojó ella sin un instante de vacilación, como si hubiera estado esperando y aún deseando este momento. Todo el hielo que los últimos tiempos de sufrimiento, primero, y de lucha, después, se había ido acumulando en el corazón del cosaco se derritió como por encanto, se fundió al calor de aquellas lágrimas cálidas que humedecieron sus propias mejillas al juntar su rostro al de ella. ¿Cuánto rato permanecieron así unidos en un abrazo corazón contra corazón? Ni ellos mismos habrían podido decirlo, porque habían perdido la noción del tiempo.

No se puede jugar impunemente con las pasiones de los hombres. He aquí que Stenka, el caudillo rebelde, estaba a punto de convertirse en víctima de su propia audacia. El corazón de sus cosacos no era tan propicio a la magnitud y al perdón como el suyo. Tal vez ninguno de ellos había probado nunca la dulzura de unos ojos femeninos capaces de desvanecer todo el odio que pueda albergar el corazón de un hombre. Tal vez los años de sufrimiento y persecuciones había embotado en ellos la facultad del perdón. El príncipe Dolgonky hasta sido demasiado cruel con los cosacos para que pudiesen perdonarlo así como así, porque Stenka lo había ordenado, ahora que tenían en sus manos el derecho a ejercer su venganza. Para llegar a aquel plácido final habían ellos atacado la nave del príncipe? No, no, decididamente su jefe se había excedido esta vez. Empezaron las murmuraciones, las quejas contenidas, las pala-

bras insidiosas. No faltó quien, con miras a erigirse el mismo caudillo de los cosacos, sembrara la cizaña. ¿Tendría que sostener Stenka una lucha contra sus mismos hombres para imponerse?

A punto estuvo de tener que llegar a ello. Pero por fortuna, luego de una intemperna de motín que fracasó completamente, los cosacos comprendieron la enorme injusticia que iban a cometer con aquel hombre noble y austero que había tratado siempre de inculcarles la idea de la justicia y el deber. Pasaron momentos difíciles Stenka y sus adictos, cuando pareció que el motín iba a triunfar y los descontentos triunfarían imponiendo la fuerza bruta a todos los razonamientos, pero finalmente se impuso la razón no del más fuerte, sino del más justiciero. El príncipe había jurado solemnemente respetar sus derechos, ¿por qué entonces sacrificar su vida y la de la dulce princesa que tenía para cada uno de ellos una mirada y una sonrisa de cariño? Las plácidas aguas del Volga no se leflirían con sangre inocente, y el barco que las surcaba conduciría a los augustos viajeros con la misma seguridad con que la habían conducido la tripulación más adicta. Una vez más la fuerza de persuasión de Stenka había sido puesta a prueba y había triunfado plenamente.

Entretanto, allá en la capital de Astrakan se hacían los preparativos para recibir dignamente a los augustos viajeros. El príncipe Proserosky había visto una sola vez a su prometida en la corte del Zar, pero esta sola vez había bastado para que quedase prendido en las redes de su belleza.

Era un hombre raro el príncipe Proserosky. Su alma esbava era tan compleja que nadie, ni él mismo había llegado hasta el fondo de ella. Era un gran señor, enigmático y cruel, refinado y voluptuoso. Vivía con un boato oriental, casi con más fausto que en la corte Imperial. Ambicioso y despótico, era también un guerrero valiente. No era amado por sus súbditos, pero al mismo tiempo era respetado por ellos. A veces sabía ser espléndido con su pueblo, y esto impedía que fuese odiado por él.

La sucesión de Proserosky le había conducido hasta el trono de Astrakan, pero no se había detenido allí su afán de grandeza. Su pensamiento iba más allá, remontaba al río Volga que lo separaba de la corte de Moscú, y llegaba hasta el mismo palacio del Zar. Sus sueños de gloria le arrastraban más lejos de lo que su misma razón habría querido llevarlo. Desde hacía tiempo, mucho tiempo, alimentaba el fuego de una idea insensata. Hacer la guerra al señor de todas las Rusias; destruir al

apodrecido, aquel Zar que por designio del Cielo reinaba en el vasto Imperio con su bondad sin límites. Y mientras que la única sucesión del Zar era administrar justicia y vivir en paz con todos sus súbditos, desde el más alto al más humilde un príncipe de sangre real, sonaba en derrocarlo para ocupar su puesto y coronarse Emperador. Y el Zar, con su gran bondad, ignorante de los designios del príncipe Proserosky había renunciado no sin dolor a la compañía de la bella princesa Dolgonzky que durante varios años había sido el ornato de la Corte, para entregársela en matrimonio, para que fuera por un tiempo de un mensaje de paz y amor, a través del río, hasta el lejano confín de aquel país un poco salvaje, dominado por un príncipe ambicioso.

Llegaron los augustos huéspedes y el pueblo les hizo objeto de un recibimiento entusiasta. La acogida de los futuros súbditos de la princesa Dolgonzky fue conmovedora, mientras que la de la Corte del príncipe fue una verdadera apoteosis de lujo y de belleza. Y, sin embargo, ¡qué desolación tan grande se apoderó de ella al llegar al final del viaje! La nave arrebolada, con sus tripulantes, no había anclado en el muelle, sino que había quedado alejada; río adentro, limitándose Stenka a ordenar que la princesa y su padre fueran conducidos a tierra. Ni siquiera se había despedido de ella. A partir de la noche inolvidable en que el barco fue atacado por los cosacos, después de la conmovedora entrevista que habían tenido en su camarote, el cosaco había vuelto a poner entre ambos una barrera de hielo. Ni una sola vez volvieron a verse. Supo ella el peligro que habían corrido por boca de otros, sobre todo por boca de Nikolka, el hermanito de Stenka que tripulaba también la embarcación rebelde y se había hecho su amigo, pero éste no había vuelto a dirigirle la palabra. ¿Por qué se conducía de aquella manera tan extrema? ¿Por qué la dejaba abandonada a su suerte? ¿Por qué no trataba de influir sobre su débil carácter de princesa acostumbrada siempre a obedecer sin rebelarse? ¿Ah, si él hubiese querido, con qué gusto le habría seguido al fin del mundo, a donde fuera, con tal de vivir cerca de él! Habría querido que aquel viaje no terminase nunca. Navegar, navegar siempre por aquel río mágico, oyendo los cantos de los cosacos, teniendo junto a ella aquel ser extraordinario, aquel hombre desconcertante, a quien amaba tan intensamente que no concebía ya la vida sin él. ¿Qué le importaba a ella su rango, su condición de princesa, si ello la alejaba del hombre adorado? ¿Cómo envidiaba a las humildes compañeras de los cosacos, aquellas pobres mujeres que en su vida había visto tantas veces en el campamento de su padre dedicadas a los más humil-

des monesteres. Ella, no; ella debía acallar las voces de su corazón, renunciar a los derechos de su juventud para darse en matrimonio a un hombre que no había visto más que una vez, cuyo rostro recordaba vagamente con un sentimiento de miedo...

Por sus ojos fatigados de tanto llorar pasaron las escenas mágicas de su llegada a la capital del principado, su entrada en Palacio, el rostro del príncipe inclinándose sobre el suyo y besándole en la frente... Luego, las miradas curiosas de los cortesanos, expresiones diversas, rostros de hombres y mujeres... Terriblemente fatigada y doliente, hubo de sostener a pie firme la avalancha humana que acudió a recibirla. Como un cuerpo sin alma se dejó traer y llevar, y oyó palabras que le parecieron vanas y sin sentido, y hubo de responder con sonrisas a las que las damas de la corte le prodigaban mientras sus miradas inquietadoras se posaban en su rostro tratando de descubrir implacables la menor incorrección. ¡Cuántas, entre aquellas mujeres que se inclinaban ante ella, se sentían envidiosas de su suerte! ¡Cuántas habrían querido sustituirle en aquel momento, cuántas la odiaban, tal vez por el delito de haberles robado el corazón del príncipe!

El príncipe Proserosky, su prometido esposo, le inspiraba un sentimiento mezcla de temor y repugnancia. El pensamiento de que dentro de breves días se convertiría en su marido, se le hacía insuportable. Habría querido morirle, o al menos tener el valor de oponerse, rebelarse contra aquella desdichada orden. ¡Ah, si el apadrinado estuviera allí con ella, con qué confianza dictada por el Zar, que en su calidad de princesa debía acatar, y con qué anhelo le habría su corazón, con qué ansia se echaría a sus pies pidiéndole que le relevase del cumplimiento de su corazón! El Zar, tan bueno, tan comprensivo, se compadecería de ella y accedería a sus deseos.

Proserosky la cubría de regalos, la hacía una corte galante y rendida, como si adivinase lo que pasaba por su corazón y quisiera conquistarla poco a poco. Parecía enamorado, pero en el fondo, lo único que sentía hacia su futura esposa era el deseo de su belleza.

Mientras tanto, allí en la nave, Stenka Razin, estaba sufriendo una crisis de desesperación infinita. El pobre medallón que le regalara la princesa había sido la inocente víctima de la furia impotente del cosaco. Después de contemplarlo largo rato con amor entrañable, casi con adoración, en un acceso de ira lo acababa de arrojar al río. Las aguas tranquilas del Volga lo habían engullido. El delicioso presente que una noche le hiciera la princesa había sido el compañero inseparable del cosaco

hasta aquel momento. Por nada del mundo se habría separado de él, y no obstante, ahora, al tirarlo al agua en un impulso irreflexivo, no se había detenido a pensar en el valor moral de aquel objeto. Lo apartaba de su lado con rabia porque le recordaba a la mujer que quería olvidar, la mujer que no habría querido conocer nunca, y que pronto, muy pronto, pertenecería a otro hombre.

Acababa de llegar a la nave un emisario del príncipe Dolgonaky. Venía a llevarse, según él, unos documentos que pertenecían a su señor. Pero los cosacos no estaban dispuestos a entregar nada, absolutamente nada. Que se volviera por el mismo camino si no quería ir a parar a las frías aguas del Volga.

Aquellos documentos fueron encontrados poco después por Stenka en uno de los cajones del esmarote principesco. Los miró distraídamente, pero un instante después corría alocado de un extremo a otro del buque llamando a sus cosacos, que iban acudiendo alarmados por los gritos de su jefe. Quería comunicarle que aquellos documentos eran de un valor inapreciable. Nada menos que la prueba fehaciente de la traición del príncipe Dolgonaky. Era verdad. El padre de la princesa estaba desde hacía tiempo de acuerdo con su futuro yerno para levantarse en armas contra su Emperador. Así pretendían pagar aquellos dos nobles los favores que el Zar les había dispensado siempre. La bondad del apadrinado había sido precisamente un acicate para sus innobles ambiciones. Soñaban con retrar sobre el vasto imperio de un modo absoluto. Era empresa difícil aquella, pero el príncipe Proserosky no se detenía nunca ante nada, cuando se trataba de satisfacer sus desmesuradas ansias de granduca.

—Cosacos, mis nobles amigos—gritó Stenka dirigiéndose a sus compañeros— Vosotros me habéis elegido vuestro jefe, como un día lo fue mi hermano. Pues bien, yo os pregunto ahora: ¿Queréis seguirme? ¿Estáis dispuestos a sacrificar hasta vuestra última gota de sangre para probar vuestra fidelidad a nuestro Emperador y a vuestra fe de cosacos? Proserosky y Dolgonaky quieren derrocar el Poder de nuestro Zar, sin acordarse de que son sus indignos vasallos. Este documento habla de un plan secreto para llevar a cabo sus proyectos, quieren apoderarse de los dominios donde gobiernan en nombre de nuestro apadrinado. No se detienen aquí sus ambiciones. Piensan constituir un ejército lo suficientemente fuerte y poderoso para ir contra Moscú. La flota de Proserosky estaría dispuesta dentro de poco tiempo a secundar los planes de su señor. Pero aquí estamos nosotros para impedirle, al menos para retardar sus planes en forma que nuestro Zar tenga tiempo de aperebirse de la trai-

ción que están tramando contra él y aprestarse a la defensa. Tu, Nikolka, hermano mío, abandonarás esta noche el barco y te dirigirás a Moscú en otro barco que sale al amanecer para la capital del imperio. Irás a prosternarte ante el Zar y le llevarás este documento. Él habrá por nosotros. Le dirás que Stenka y sus cosacos están en el volga, a la vista de la capital de Astrakan, dispuestos a ir al combate con la flota entera del príncipe, para entorpecer sus planes. Si no volvemos a vernos, que Dios te bendiga...

Se abrazaron conmovidos. El pequeño Nikolka era el gran amor de Stenka. Sentía por él ternuras de padre. Le había acompañado siempre en su vida aventurera, y juntos habían sufrido persecuciones sin cuento. Juntos también habían visto morir asesinada a su hermano mayor y solamente se habían separado una vez, cuando Stenka había ido a Moscú a pedir justicia al Zar. Ahora volvían a separarse por un motivo parecido. Solo que no era Stenka, sino el pequeño Nikolka el que se iba. Era ciertamente, una misión muy delicada la suya, pero no tan peligrosa como la que tendrían que cumplir los demás cosacos que quedaban junto a Stenka. Ellos tendrían que sostener una lucha difícil. Los cosacos sabían morir y Nikolka llevaba sangre de auténtico cosaco. Si fuera necesario, sabría imbuirse también en aras de su Patria, pero eran tan jóvenes! Stenka no se decidía a sacrificarlo. Si se quedaba allí, junto a ellos, y el príncipe daba la batalla morirían todos. No, no, era mejor que corriese la aventura. Que fuera a Moscú, a llevarle al Zar el mensaje de la fidelidad y el agradecimiento de los hombres de su raza. Era un digno representante de ella. Plika fue también designado para acompañar a Nikolka.

...

Y llegó el día tan temido para la princesa Dolgonsty. El día de sus esponsales con Proserovsky. La pequeña huérfana de esperanza que alentaba todavía en su alma se había apagado por completo. Hasta aquel momento había estado esperando... ¡Qué se yo! Un prodigio, una catástrofe, algo, en fin, que impidiese realizar aquel sacrificio. Imaginativa y soñadora como todas las mujeres desde su llegada a Astrakan, había pasado las horas esperando, esperando... Pero el prodigio no se había realizado. La realidad, la cruel realidad había venido a llamar a la puerta de su regio dormitorio para advertirle que había llegado el momento de vestirse para la ceremonia preliminar



Cuando la princesa se enteró de lo ocurrido, en la tienda de su padre...



Las miradas de aquellos hombres se posaron en ella.

de sus esposales. Se había dejado vestir resignadamente, como un autómata, se había dejado poner las más ricas vestiduras, las joyas más precadas de la Corona de Astrakan. La habían perfumado, la habían embellecido, la habían convertido en una criatura deslumbradora, fantástica, como una princesa de leyenda. ¿Qué le importaba a ella todo aquello? ¿Qué le importaban las joyas deslumbrantes, los ricos vestidos, los perfumes orientales, si no era feliz, mejor dicho, si aquello era el precio de su felicidad?

Al pie de la gran escalinata del Palacio esperaba el príncipe Proserodry, rodeado de los altos dignatarios de su Corte. Descendió la princesa lentamente, muy lentamente, como si quisiera retrasar el momento en que sus manos deberían sentirse aprisionadas entre las de su prometido, que dentro breves horas se convertiría en su marido. Las lágrimas contenidas nublaban sus ojos, poniendo entre ella y las cosas que la rodeaban, un velo de infinita tristeza. Era inútil que todo brillara a su alrededor, que el Palacio resplandeciera de luces. En su alma era noche cerrada, y ella no veía más que hacia dentro. No podía, no podía resignarse, y, sin embargo, seguía su camino hacia el sacrificio.

Las mujeres de la Corte la miraban ávidamente, asombradas e indignadas al ver su rostro ensombrecido por una expresión de tristeza inabundante. ¿Cómo se atrevía aquella princesa, venida de la lejosa corte de Moscú, a mostrar tan impudicamente su pena, en lugar de resplandecer de gozo? ¿Acaso el príncipe Proserodry no valía la renuncia a los placeres de la corte de Moscú, que ellas sabían austera y sencilla a pesar de su pompa y realce? La envidia las cegaba. Si la princesa hubiese mostrado su rostro alegre y feliz, también se habrían sentido heridas. ¿Cuántas de ellas habrían querido estar en su lugar! ¿Cuántas de ellas se habrían considerado felices, con ser no ya la mujer sino la amante de aquel príncipe de leyenda!

Llegó el momento del banquete. Las más ricas manjaras, las frutas más exquisitas traídas de todos los confines del país, fueron servidas en aquella mesa servida con un lujo oriental.

El príncipe la prescía, y a su lado, imagen viva de la melancolía, se sentaba la princesa. A la izquierda del anfitrión se encontraba Dolgunsky, quien había puesto todas sus anhelos no precisamente en los manjaras, sino en los vinos que se iban sirviendo. Copa que le servían, copa que vacilaba de un trago, en una forma poco elegante tal vez, pero muy adecuada a la enorme capacidad de su estómago.

Los músicos atacaron un paso de danza y entonces, del

fondo del vasto salón, salieron unas bailarinas vestidas con los trajes típicos de Astrakán, de una belleza y una simpatía orientales, iniciaron una danza de ritmo encicnético y lánguido primero, que, poco a poco, iba acelerándose hasta convertirse en una danza vertiginosa. Aquel espectáculo era de una gran belleza, pero ninguno de los tres personajes, en cuyo obsequio se había organizado, tenía el ánimo propicio para saborearlo. Cada uno de ellos tenía una preocupación distinta. La del príncipe Dolgorsky era tal vez la menos ocupada. Pensaba siempre en la calidad del nuevo vino que le servirían. En cuanto a Próserosky, el novio afortunado, el futuro dueño de aquella criatura adorable que se sentaba a su lado, no pensaba precisamente en la felicidad que su posesión podría reportarle. Su pensamiento iba más lejos, allí donde le llevaba su ambición incontrolable. La princesa era ya una cosa suya, una cosa que no le había costado gran trabajo obtener, puesto que se la habían otorgado generosamente. En cambio, el vasto Imperio ruso, aquel inmenso Imperio gobernado por un Zar generoso y magnífico, cuyo sobrenombre de apacíficos no podía pronunciar los labios del príncipe sin contraerse con una mueca de desprecio, era un objeto digno de sus ambiciones. No era cobardía el príncipe. No era hombre de retroceder ante ningún peligro. Sabía que su ambición, al llevarle tan lejos, podría convertirle en su propia víctima. Que la empresa era difícil, sumamente difícil y peligrosa. Que tal vez parecería en ella, arrastrando en su caída a su principado... Todo esto era cierto, pero, en cambio, si triunfaba, si lograba apoderarse, primero, de su propio país de Astrakán, y hacerse proclamar Emperador, y luego, remontar el río con su flota y llegar hasta las márgenes de otras ciudades en donde no ejercía ningún derecho, apoderarse de ellas y someterlas. A su alrededor tenía hombres ambiciosos y fieles, dispuestos a secundarle, el ejército supo, una flota poderosa.

Sabía, empero que el emisario que había enviado al barco que condujera a la princesa y a su padre, en busca de los preciosos... y elocuentes documentos comprometedores, había regresado con las manos vacías. Esto significaba que Stenka, el temible cosaco, se había apoderado de ellos y se disponía a hacerlos llegar a manos del Zar... Para evitar este peligro había ya dado órdenes terminantes en el sentido de descubrir quiénes eran los encargados de llevarlos.

—Os va con ello la cabeza — había dicho a uno de sus secuaces al advertirle de sus deseos.

—Y la vuestra, señor — había contestado el otro, con un ligero dejo de ironía.

—Es preciso que estos documentos no lleguen a su destino. Hay que obrar rápidamente, y luego, hay que ir contra ese maldito caudillo, hay que aplastarlo, aniquilarlo a él y a todos los suyos. Sólo entonces, cuando el haya muerto como murio su hermano, y los cosacos vuelvan a su condición de antes, podremos cantar victoria.

Estos eran los pensamientos que absorbían la mente del príncipe Próserosky mientras las bailarinas trenzaban sus danzas.

Para capturar al hermano de Stenka y a su fiel compañero, había sido destacado uno de los mejores escuadrones de la policía particular del príncipe, quien no había tardado en dedicarse a los presuntos portadores de los preciosos documentos, en una posada de la ciudad. Lo vemos ahora sentado al lado de Filka y dispuesto a no parar hasta emborracharle para arrancarle el dulce secreto, enterarse del lugar donde guardan los preciosos documentos tan comprometedores para su señor, y apoderarse de ellos...

Pero no contaba él con la picardía del gran compañero de Stenka. Una hora más tarde el burlador se había convertido en burlado, es decir, el borracho era él mientras Filka seguía tan fresco y tan campante. No había cuidado de que los emisarios del Zar pudieran apoderarse de tan preciados documentos. Allí estaban los dos cosacos para impedirlo, y ante su firme voluntad de llegar hasta Moscú con ellos, poco o nada podrían las argucias de los hombres de confianza del príncipe Próserosky.

Mientras tanto, en Palacio seguía el festín, pero ni los ricos manjares, ni el vino que había corrido en abundancia, ni la música, ni la danza, lograban romper el hielo que separaba al príncipe de su prometida. Esta seguía muda y triste, en actitud de sumisión más que de contento. Y llegó un momento en que el príncipe se creyó obligado a expresar en voz alta sus pensamientos, pensando tal vez dar con ello una alegría a sus contertulios.

—Maldita pena ofrecerles la cabeza de Stenka en la comida de nuestras bodas — dijo sonriendo.

No se fijó en la mirada de estupeor que acababa de dirigirle su prometida y continuó en el mismo tono:

—Stenka Rasín, el jefe de los cosacos, pagará cara su insurrección; es un perro vil al que hay que aplastar sin compasión si no queremos que se convierta en un enemigo peligroso. Tiene mucho ascendiente entre los suyos, como en otra época lo tuvo su hermano, pero daremos buena cuenta de él antes de que pueda ocasionarnos mayor daño...

Se interrumpió al ver que la princesa, con el rostro inten-

samente pálido y una luz extraña en sus verdes pupilas, se levantaba bruscamente, y se disponía a abandonar la mesa.

—¿Qué os sucede? ¿Os sentís indispueta? —preguntó amablemente, cambiando de tono—. ¿Os han estado usando mis palabras?

—En efecto, estoy indispueta — se limitó a responder ella, Y saludando con una leve inclinación de cabeza a los señores comensales, corrió hacia la gran escalinata, in subió rápidamente y desapareció a través del óculo de las galerías de Palacio.

Quedaron solos los príncipes Dolgonzky y Proserasky. El primero, medio embrutecido por los vapores del alcohol, entró a su vez con aire accarrón, como diciendo:

—¡Estas mujeres! ¡Todas son unas histéricas! Pero su tamaño estuviérais muy acertado en ofrecerle la cabeza de un hombre como regalo de bodas. Francamente, creo que habrías podido escoger un presente más apetecible...

—Deseo hablar a solas con vos de un asunto que nos interesa a ambos — insistió Proserasky.

Se levantó, y la pesada humanidad de Dolgonzky hizo a un lado no sin grandes esfuerzos. Su enorme peso y el vino que había ido depositando en su estómago hacían difíciles sus menores movimientos. Siguió con grandes trabajos a su futuro yerno, que le condujo a uno de los salones privados de palacio. Allí, sin testigos indiscretos, podían hablar libremente.

—Supongo que estaréis dispuesto a secundarme en mi plan de exterminar a Stenka y los suyos y luego ir contra el mismo Zar. Tenemos grandes probabilidades de triunfar en nuestra empresa. En fin, cuando todo haya sido vencido, seremos los señores más poderosos de toda Rusia.

Se interrumpió al ver que la pesada cabeza de Dolgonzky se movía como un pendulo haciendo signos fugitivos.

—¿Qué queréis decir con este gesto? ¿Es que acaso os habéis vuelto atrás?

—He jurado — repuso el otro solemnemente, y por un instante su rostro abortado y encendido por el alcohol, adquirió una expresión digna y austera—. He jurado — repitió — y no puedo faltar a mi juramento. Cuando Stenka tenía en vida en sus manos y habría podido sacarme impunemente, a mí y a mi hija, me perdonó generosamente, a cambio de que le jurase no volver a perseguir a los suyos, y quitar las arcas del Zar. Soy un hombre de honor y no puedo faltar a mi juramento.

—Entonces os negáis a ser mi aliado?

—Me niego a faltar a mi juramento — repuso Dolgonzky obstinadamente.

—¿Es esta vuestra última palabra?

—He jurado — siguió machacando el príncipe sin encontrar otros argumentos más convincentes.

Proserasky se mordió los labios. No quería aceptar las razones de su suegro, porque si bien comprendía el valor que pudiera tener un juramento para un hombre de honor, no podía aceptar que la palabra dada a un cosaco tuviera categoría de tal. En aquella obstinada negativa de su suegro de secundar sus planes veía tan sólo una traición y una felonía, sin querer darse cuenta de que el traidor era él, ¡él!, que se disponía a ir contra su Patria y su Emperador.

—Perdón — aceptó —. Permittedme que me retire y os advierta además que me reservo el derecho de obrar en consecuencia.

Saló rápidamente del salón, y Dolgonzky se quedó solo, solo con su semi borrachera y la sensación de que acababa de indisponerse para siempre con su señor yerno. El príncipe, al salir, con un resto de ira, había corrido una magnífica cortina de terciopelo que separaba el salón de la habitación contigua. Dolgonzky, después de unos instantes de vacilación, decidió marcharse también. Sus manos regordetas y torpes separaron la cortina y... ¿Qué fue lo que vieron sus ojos? ¿Acaso el alcohol había trastornado su vista hasta el extremo de hacerle ver visiones? En la puerta del salón, tres fieros esbirros de su terrible yerno le barrían el paso, armados y dispuestos sin duda a cometer con él las peores atrocidades si se negaba a obedecerles. Pero el príncipe no se hallaba en aquel momento en disposición de rebelarse. Comprendió inmediatamente lo que aquello significaba. Proserasky no quería que abandonase aquella habitación y le invitaba muy galantemente a constituirse prisionero. Con tal de que le trajeran buenos manjares y mejores vinos... —pensó filosóficamente—. Y decidió resignarse.

Mientras tanto, allá en el Volga, los cosacos se aprestaban a la batalla. Iba a ser aquella una lucha desigual, puesto que la flota del príncipe era fuerte y numerosa, mientras que ellos... No importa. ¿Sabían que iban a arrojarle a una empresa insensata, para es que el heroísmo pide nunca seguridades? Si fuera así dejaría ya de serlo, y todos aquellos cosacos tenían el espíritu fuerte y abnegado de los héroes legendarios. Sabían luchar y sabían morir noblemente. Aunque la flota del príncipe fuese cien veces mayor, aunque su sacrificio retardase solamente en una hora la partida de aquella para su tenebroso destino, no vacilarían ni un momento en inmolarse sus vidas. Además, Stenka les había ordenado luchar, y por ello, porque su amado cuñado se lo había ordenado, ellos lucharían hasta la muerte. Su sacrificio no sería estéril, porque no lo es nunca el sacrificio que se hace en aras de un ideal noble y elevado.

¿Qué hacía entre tanto la princesa? ¿Resignarse acaso y llorar en su suntuosa estancia de Palacio, esperando a que su prometido acudiera a ella para repetirle aquellas palabras que la habían hecho estremecer? No. La sangre de los Dolgoruky corría por sus venas, y amaba de despertar en ella con fuerte pujanza la hija de guerreros. No más, no más debilidades y resignaciones. Había llegado el momento de obrar.

Se despojó rápidamente de sus ricas vestiduras. ¡Con qué placer, con qué salvaje alegría arrojó lejos de sí todo aquel rico atuendo con que su prometido había querido realzar su belleza! ¡Con qué alegría, casi infantil, se vistió su traje de cosaco, aquel traje que había llevado tantas veces y que vestía con mayor gusto que ningún otro!

Y fue así, vestida como los suyos, que la vio llegar Stenka a su barco y arrojarle en sus brazos, rendida de fatiga, después de haber vencido mil obstáculos y de haber sido perseguida de cerca por los hombres del príncipe. Su voluntad de mujer, y de mujer enamorada, había sido más fuerte que todo. Ahora, estrechamente abrazada a él, llorando y riendo, contándole con frases entrecruzadas su dolorosa odisea, era tan feliz, tan feliz, que ni en pago de aquella felicidad hubiese tenido que morir, habría dado la vida gustosamente, convencida de que aquel momento bien valía todos los sacrificios.

Ahora nadie ni nada podría separarles. Aquel abrazo acababa de unirlas para siempre, para siempre, en la vida y en la muerte. Que llegase esa última y la verían acercarse sonriendo, porque tal vez ella les uniría más y más, en un lazo que los hombres del príncipe ni ningún poder de la tierra podría ya romper. Eran el uno del otro y sentirían siéndolo más allá de la vida, a donde la muerte quisiera llevarlos. No eran ya el cosaco y la princesa, eran un hombre y una mujer, en el umbral del misterio, prestos a convertirse en dos sombras.

—¿Por qué has venido? —balbuceó él—. Tú sabes que vamos a ser atacados por Proserosky, que tal vez muramos todos.

—No importa —repuso ella sonriendo y ocultando su linda cabecita en el pecho de Stenka—. No importa. He venido sabiendo lo que iba a suceder y no me arrepiento. ¡Soy tan feliz ahora, tan feliz! Ya verás, ya verás cómo sabré luchar dignamente, como la mujer de un cosaco, y sabré morir también, si la muerte llega. Prefiero morir junto a ti a vivir en el palacio del príncipe. No me creías capaz de venir a buscarte, ¿verdad? En el fondo de tu alma me despreciabas porque no sabías lo que había dentro de mí. Stenka, dentro de unos instantes comenzará la lucha y tal vez, como tú dices, moriremos todos. Pues bien, mis palabras tienen ahora el valor de un testamento. Te quiero, te he querido desde el primer mo-

mento en que te conocí, allá en Moscú, cuando te vi erguido y altanero ante los nobles, humilde y dulce ante el Zar, pidiendo justicia para los tuyos. Luego, durante aquel viaje, ¿te acuerdas? Cuando gracias a tu arrojo y valentía vencimos el ataque de los tártaros. Confieso que cuando el Zar me dijo que serías el que me conduciría hasta mi padre, tuve un poco de miedo. Sabía el mal que te habían hecho los míos y temí que intentaras vengarte. Pero después, cuando me convencí de que más el ser más noble y más bravo de la tierra, me arrepentí de mis malos pensamientos. ¡Con qué gusto te lo habría confesado y te habría pedido que me perdonases!

¿Cuánto tiempo permanecieron Stenka y la princesa estrechamente abrazados, olvidados del mundo exterior, atentos sólo a vivir aquellos momentos de dicha ineffable? Ni ellos mismos habrían podido decirlo. Habrían querido permanecer así la noche entera, bajo el cielo tachonado de estrellas, contemplando las mansas aguas del río, aquel río que dentro de poco tiempo, instantes tal vez, iba a ser teatro de una lucha cruel.

Pronto hubieron de renunciar a sus sueños, deshacer aquel abrazo que les unía, aprestarse a la lucha, volver a la triste realidad de aquel momento difícil. Un beso, un beso en el que se condensaron todos sus anhelos y todos sus deseos, y Stenka tomó el mando de la nave. Su voz poderosa y fuerte empezó a dejarse sentir, impartiendo órdenes.

La flota del príncipe había causado ya graves daños a la nave, con grandes pérdidas de hombres. Pronto llegarían abordarla, pero en el momento decisivo saltarían el polvorín, hundiendo el barco y pareciendo todos.

Stenka corría de un extremo a otro del buque, arrebatando a sus hombres con su voz cálida y persuasiva, alentándoles, tratándose sobre los moribundos para murmurar en su oído una palabra de aliento.

Pero he aquí que una bala traidora acaba de herir a la princesa. El tiempo justo de correr hacia ella, al verla vacilar, y sostenerla amorosamente.

—Anna, Anna —le grita llamándola por primera vez por su dulce nombre—. Anna querida.

La sostiene en sus brazos, la llama una y otra vez angustiosamente. Las labios de la princesa se mueven para hablar, pero no alcanzan a pronunciar una sola palabra. La herida ha sido mortal pero todavía tiene fuerzas para escurrirse con sus manos crispadas al cuello del amado. Sonríe y sus pupilas vidriadas miran a Stenka, lo miran con una expresión indefinible, ávida y largamente, como si quisieran llevarse a la tumba la imagen querida. Stenka la acaricia, la besa, acerca

sus mejillas sudorosas al rostro de la pobre mujer, blanco ya con la palidez de la muerte...

Y cuando todo ha terminado, las manos plácidas del amado cierran aquellos ojos queridos y murmura como si ella aún pudiera oírlo.

—Espere un poco amada mía, espere un poco. Pronto, muy pronto estare contigo.

Los brazos vigorosos del cosaco levantan el frágil cuerpo inerte. Quiere echarlo al Volga, devolverle al río, el río aquel que se la dió. Si no hubiese sacado sus aguas, la princesa no estaría ahora allá, en el umbral de la eternidad, esperándole...

Un momento después una explosión formidable estremece las azules aguas del río famoso. Ha sido volado el polverín de la nave. Stenka y los suyos han dado su vida por su Patria y por su Emperador, pero su sacrificio no ha sido estéril. Desde ahora y para siempre el nombre de Stenka y sus héroes compañeros será pronunciado con veneración y amor por las generaciones venideras. Los pueblos no olvidan NUNCA a sus héroes.

EPILOGO

El travieso Filka y el pequeño Nikolka han llegado a Moscú, han sido recibidos por el papadocito, se han arrodillado ante él como un día no muy lejano lo hicieron Stenka y le han entregado los preciosos documentos. El Zar sabe ya la traición del hombre en quien había depositado toda su confianza y a quien había entregado el tesoro virginal de la princesa. Sabe también por un emisario que acaba de llegar a Moscú, que Stenka y los suyos han perecido en el desigual combate. Los ojos del Zar están secos, pero su corazón sangra. Acaba de perder a uno de sus más fieles súbditos y el Zar Alexey Michailowitch ama a todos ellos —hasta los que le traicionan— como a hijos suyos. Inclina la cabeza venerable, y dirigiéndose al pequeño Nikolka le dice solemnemente:

—Hemos llegado tarde a salvar a tu hermano, pero no a administrar justicia. Proserosky y los suyos recibirán el castigo que merecen, y desde ahora mismo los cosacos, los dignos compañeros de mi amado Stenka, bendecirán su nombre porque él será como un augurio de paz y bienestar para ellos.

F I N

— 32 —

Editadas

- *Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
2. *El desfiladero nevado*, por Buck Jones.
3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
4. *La vida de la Bohemia*, por Marta Eggerth y Jan Klepura.
5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
6. *Cuando voluamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
7. *El tigre de Banapat*, por La Jara.
8. *La tumba india*, por La Jara.
9. *Máscaras infernales*, por Lionel Barrymore.
10. *El cantante de Viena*, por Jan Klepura.
11. *Inventadas rivales*, por Charles Farrell y June Marlet.
12. *La marca de Cato*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
13. *Una chica de provincia*, por Janet Grayson y Robert Taylor.
14. *Siete volutas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
15. *El Capitán Costall*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
17. *Baile en el Metropól*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jessann.
20. *Esterminio*, por Buck Jones.
21. *Noas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
22. *Jaque al Rey*, por Myrns Loy y Spencer Tracy.
23. *Caballero ligero*, por Marika Rokk y Fritz Kampers.
24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
27. *Crepusculo Rojo*, por Rudolf Forster.
28. *El Trío de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Alms Hall.
31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Leduc Ardwick.
32. *Escudado estudiantil*, por Keat Taylor y Arline Judge.
33. *Oriento contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
34. *El Doctor Socrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
35. *Valle Real*, por Willi Forst y Helli Finkenzeller.
36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
37. *Un par de Gitanos*, por Siss Lauret y Oliver Hardy.
38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerth y Paul Hartmann.
39. *Rosalie*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.
40. *La cueva al fogar*, por Zsuzsi Leander.
41. *Quesos a Buenos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
42. *La hija de Bracula*, por Gloria Holden y Otto Kruger.
43. *El beso revelador*, por Warren William y Guil Patrick.
44. *El acaso del poder*, por Buck Jones y Dorothy Dix.
45. *Una semana en la Luna*, por Ann Ondra y Hans Shoner.
46. *Concierto en la Corte*, por Marta Eggerth y Johannes Heesters.
47. *Agallas heroicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y June Travis.
48. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
49. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gessl.
51. *La italiana alemana*, por Lillian Harvey y Rob Moebius.
52. *El doble del Rey*, por Alberio Mutterstock y Gusti Huber.
53. *Brasos de aveo*, por Victor Mc. Lagien y Binnie Barnes.

* Agotadas.

En preparación

VALLE PROHIBIDO, por NOAH BEERY, Jr.

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154

BARCELONA



N.º 54